

LOS DOCTORES ORTIZ Y DE LA TORRE, ENTREVISTADOS POR EL ENVIADO DEL "HERALDO" EN LA OFICINA LIBERAL DE WASHINGTON, DECLARAN QUE LOS LIBERALES NO HAN SOLICITADO LA INTERVENCION MILITAR.

Han pedido lo mismo que acordó la Asamblea Nacional, entonces presidida por el Dr. Zayas y con la anuencia de éste: la supervisión electoral para evitar que se repitan las verguenzas del año 1917

Los delegados liberales no han aspirado a ser recibidos oficialmente; ellos dejan el desconocimiento de los deberes y corrección diplomáticos al actual Secretario de Estado, el único cubano que ha demostrado no tener familiaridad con ellos.

Un mes de diciembre propicio para los designios de los delegados: Los americanos estaban más enterados que los cubanos de lo que en Cuba pasó el 1o. de Noviembre. En Oklahoma sabían de Manacas más que en la Habana.

La alharaca que el continuismo hace alrededor de la misión liberal es ruido de botellas que se rompen al caer.

El Tribunal Supremo es el último baluarte que le queda a la República, como dijo Crowder: "la fortaleza de sus Tribunales será la fortaleza de la República."

Llego a la capital americana una mañana fría y brumosa, y sin demora me dirijo al "Hotel Washington" donde están instalados los HEADQUARTERS, como dice la prensa de aquí, del Partido Liberal Cubano en Washington.

Una vez en el Hotel me informo de que los "cubans liberales commissioners" están fuera. Me arrellano en un butacón del "lobby", dispuesto a esperar largamente a los comisionados cubanos, pero a poco veo llegar al doctor Julio de la Torre, y tras de él al doctor Fernando Ortiz, sacudiéndose la nieve que blanquea su gabán.

Nos estrechamos las manos, y en seguida bromeamos, nos damos noticias y nos hacemos amigos; estamos "entre cubanos".

El ascensor nos lleva a unas habitaciones del quinto piso desde cuyas ventanas veo el clásico edificio de la Tesorería cubierto por la nevada, y a lo lejos, tras los jardines de la Casa Blanca, el palacio de las Secretarías de Estado, Guerra y Marina, con varias banderas americanas que al flamear ponen notas rojas en el paisaje, como ascuas lucientes entre cenizas; más allá, el monumento al Libertador, las colinas sagradas del Arlington, el cielo del Sur, el de Cuba.

Las oficinas liberales ocupan un salón de la esquina, cuyos muebles aparecen cubiertos por libros, papeles y periódicos. En un rincón un piano silencioso hace las veces de archivo; junto a éste una amplia mesa de trabajo y una máquina de escribir. En las paredes varios cuadros colgados por

los decoradores del Hotel: una copia de Reynolds, una marina encrespada, una acuarela de la semiderruida Catedral de Reims... y un reloj eléctrico que marca el rodar eterno de las horas; y afirmada en él, como un ideal perenne que se sobrepone al mudar del tiempo, una banderita cubana, hábilmente plegada para que pueda brillar totalmente descubierta nuestra estrella solitaria.

—¿Ha leído usted esto? nos dice el doctor Ortiz, entregándonos un folleto del Dr. Orestes Ferrara titulado "ELECTIONS OR MUTINY". Es la traducción al inglés de un artículo de Ferrara en su "Reforma Social". Es un vibrante alegato en favor de la justicia electoral y una sintética exposición de los sucesos de Noviembre último y del aterrador problema nacional que han planteado. Nos ha sido muy útil. Consérvelo como recuerdo, léalo con calma. Fue una improvisación de Ferrara; pero usted no ignora como sabe improvisar la vigorosa mentalidad de este gran liberal.

Quiero iniciar mis preguntas, pero entran dos periodistas americanos que parecen ya familiarizados con los cubanos, y vienen a traer y llevar noticias. La entrevista toma así los aspectos de una conversación políglota. Alguien prepara con minuciosidad ritual unos "cocktails". ¿Son de "Ginger Ale"? Uno de los americanos, que sin duda se permite el lujo de dudar de la obligatoriedad de la "Ley Seca", opina maliciosamente que los "Cocktails" contienen ron cubano, y puestos de acuerdo todos, unos por con-

vicción y otros por delicadeza, brindamos por la fraternidad américo-cubana, por la amistad íntima de ambas naciones libres, con un licor caldeado por el ardiente fuego de nuestro patrio Sol.

El doctor de la Torre se deshace en elogios para la prensa americana, que generosamente ha tenido abierta sus columnas para informar al pueblo de los Estados Unidos la triste verdad de la situación cubana, hasta ahora velada por interesadas opiniones. Uno de los repórters americanos se retira, y el otro, que está aprendiendo castellano, quiere quedarse para oír y "educar su oreja", según nos dice.

—¿Es cierto, pregunto, que no fueron los comisionados liberales recibidos oficialmente por esta Secretaría de Estado?

—¡Claro que no!, me contestan, ni ningún cubano aspiró tampoco a ese gesto oficial. Aquí la corrección y los deberes diplomáticos no se echan en olvido, como en el Palacete de la Calle de Tacón. Hasta ahora el único cubano que ha demostrado no conocerlos, y que ha obtenido la negativa a ser recibido por un Gobierno extranjero ha sido precisamente el Secretario de Estado del actual Gobierno menocalista, cuando su triste misión a Inglaterra.

Cuento lo publicado en la Habana y me lo califican de fantástico.

He sabido por los comisionados cubanos, que han visitado en Washington a cuantos hombres públicos influyen en la dirección de la opinión americana, no privados por razón de sus cargos de tratar abiertamente los problemas extranjeros engranados con los de su país. Funcionarios del Ejecutivo, Militares y civiles, Senadores y Repre-

sentantes de la mayor resonancia, profesores universitarios y publicistas han estado en contacto con los comisionados de la democracia atropellada de Cuba. La apertura del Congreso, en los primeros días de diciembre, reunió en el Capitolio a los principales personajes de la política internacional americana, así en el Senado como en la Cámara y fueron visitados. La celebración en Washington del Congreso anual de la "Asociación Americana de Ciencias Políticas", a la que pertenece el doctor Ortiz desde hace más de diez años, favoreció el contacto con los elementos más interesados para conocer la aplicación funcional de las reformas electorales del General Crowder en Cuba. La contemporánea reunión en el propio "Hotel Washington" de la sesión anual de la "Academia Americana de Historia", puso en contacto a los liberales cubanos con los publicistas más conoce-

dores de la Historia y de las instituciones políticas Hispano-Americanas. Artículos, estadísticas, entrevistas, memorandums, "statements"... fijaron concisamente en la opinión culta y directora de América la realidad de la Crisis Cubana, pese a la constante campaña pagada con dinero del pueblo cubano, para engañar al de América.

—Pero, nos dice el doctor de la Torre, lo que más nos sorprendió al comenzar nuestra labor informativa, fué que, exceptuando los detalles acerca de los entonces recientes sucesos de Noviembre, aquí no necesitaban información, aún prescindiendo de la transmitida por los "observadores". Lo sabían todo; y mucho, con más datos que nosotros. Un representante a la Cámara, por ejemplo, nos dijo lo ocurrido en Manacas porque se lo escribió un pariente de Oklahoma que estuvo en ese pueblo el primero de Noviembre. Varios comerciantes americanos que estaban de paso en Oriente, al regresar a Cleveland, Ohio, se detuvieron en Washington para informar de los escándalos electorales de Cuba a sus amigos de aquí, y estos al visitarlos nosotros, nos dieron detalles que ignorábamos. Un periodista publicó en Baltimore, Md., que este Gobierno había recibido varios millares de cartas de residentes en Cuba y en los Estados Unidos interesándolos en que tomaran medidas con el objeto de evitar el inminente desastre cubano, e informándolo de infinidad de datos y noticias. Nuestra labor, continúa diciendo el doctor de la Torre, fué más que de información de hechos, de síntesis, de sugerir la urgencia de la acción salvadora de la nacionalidad cubana, y de convencer a estos elementos de la certeza de que una actuación americana circunstancial, respaldadora del sufragio, base de nuestra soberanía interna, y decorosamente respetuosa de nuestra soberanía exterior contaría el apoyo no solamente del partido político, que representa la mayoría del pueblo cubano y que insistentemente la pedía y esperaba, en evitación de dolores nacionales más penosos aun; sino que era opinión de los elementos neutrales de la sociedad cubana, que la cooperación americana era nuevamente imprescindible para reconstruir nuestra vida democrática. ¡Cuántas veces quisimos callar vergiienzas nacionales! Porque amenudo estallaban las preguntas más dolorosas: ¿Es verdad que de los Treinta Millones que los Estados Unidos prestaron a Cuba para la Guerra como Potencia aliada, se invirtieron unos dos millones en el decorado oropelesco del Palacio Presidencial, y no pocos miles en encajes y cogines? ¿Qué es una Colecturía? ¿Qué es una botella? ¿Quiénes las disfrutaban? ¿Es cierto que pará unos seis mil soldados se gastan en Cuba unos diez y siete millones de pesos? ¿Continúa la Dirección de Subsistencias? Y otras muchas preguntas aun más incisivas que hoy queremos callar, como llamamos al oír las.

El periodista, cubano también, no quiere tampoco hacer cosecha de anécdotas, sino por el respeto que puedan merecerles los traficantes del tesoro público y los mentidores del patriotismo, si, por el que le merecen los altos cargos que ellos deshonran.

—Es cierto que ustedes han presentado un escrito al Departamento de Estado de los Estados Unidos pidiendo la intervención americana en Cuba?

—No. Pura patraña. Es inexacto. Nosotros no hemos presentado a nadie escrito ninguno pidiendo nada. El propio Departamento de Estado ha desmentido oficialmente esta invención maliciosa, tendiente a torcer la opinión pública en ambos países. Suena el teléfono, y el doctor de la Torre se comunica con el doctor Ferrara, quien desde New York trasmite unas noticias que acaba de recibir de Cuba, inquiriere si hay alguna nueva aquí y anuncia su salida para Washington en el tren "Congressional" de la tarde.

El periodista americano aprovecha estos minutos de paréntesis, para preguntarle al doctor Ortiz:

—¿What is the meaning of "VARON FUERTE"? El doctor Ortiz le explica que es un requisito que se exige ahora en Cuba para ser elector, según algunos intérpretes del Código Crowder; quiere explicarle el origen de esta interpretación "timbalera"; pero parece que el repórter washingtoniano no acierta a entender esas relaciones del atletismo y de la música con la aplicación de la Ley Crowder, porque hace una mueca y sonríe.

—Opinan ustedes que ha sido acertado el envío a Cuba del Mayor General Crowder? sigo preguntando, después que, cesada la comunicación telefónica, Ortiz y Latorre cambian unas frases en secreto y sonríen en público.

—Ya publicamos nuestra opinión afirmativa en la Prensa Americana y en la de Cuba, pero siguen diciendo: Este paso diplomático, aunque revestido de toda la solemnidad que era indispensable para hacerlo fructuoso, es un exquisito homenaje de los Estados Unidos hacia nuestra soberanía republicana, y una prueba de los respetos que a este pueblo merecen la democracia que realmente es democracia, y la justicia que realmente es justicia.

La misión tutelar del General Crowder no puede ser recibida con recelo por los cubanos libres de responsabilidades, ni aún por los mismos responsables que tengan unos instantes de contrición.

En este país ninguno de los hombres públicos representativos quiere la desaparición de nuestra República; ni una persona sola, de las muchas con las cuales hemos tratado los asuntos cubanos, ha opinado en favor de la intervención militar. Todos desean una solución cubana, si bien está difundida la creencia de que, por desgracia, la gestión protectora americana es indispensable para salvar a Cuba de las pasiones de sus propios Gobernantes, de la incapacidad moral y mental de algunos de sus directores políticos y del peso de inveterados hábitos coloniales que obscurecen con frecuencia el criterio de funcionarios, legisladores y jueces, haciéndonos retrogradar medio siglo.

Por esto no halló sino simpatías la petición liberal de una acción americana que sea inspirada noblemente en el culto a la libertad, que es característico de este pueblo, encauzada estrictamente dentro de las vías constitucionales y diplomáticas creadas desde

el nacimiento de nuestra República, y tendiente a restaurar una vez más en Cuba la democracia y los derechos populares, violentamente ultrajados desde ep poder por los elementos mal avenidos con el orden.

Desmienta usted una vez más, me dicen los liberales en Washington, la falaz afirmación, maliciosamente propalada, por los detentadores del poder público en Cuba, de que los liberales han pedido la intervención militar americana. Esta versión es inexacta y absurda.

La actitud de los liberales en esta grave crisis interna y externa de Cuba no puede ser más clara, ni más justificada por la necesidad de salvarnos todos del naufragio nacional. El partido liberal cubano, recordando las promesas americanas de justicia hechas en mil novecientos diez y siete a los revolucionarios constitucionalistas, para un próximo porvenir; concedor por sangrienta experiencia de la inflexible decisión con que los usurpadores de 1916 se proponían hacer perdurar el régimen despótico en nuestra patria; y previsor del futuro tristísimo que estos preparaban para Cuba, acordó, casi por unanimidad, por su asamblea nacional, entonces presidida por el señor Alfredo Zayas, y con la anuencia de éste, solicitar oportunamente la supervisión electoral de los Estados Unidos, como medida preventiva y legal (entro del "Status" cubano, para evitar un sucesivo golpe de Estado y las naturalmente consiguientes escenas de sangre, de dolor y de vergiienzas patrióticas. El partido liberal al hacer esta afirmación doctrinal, la estimaba suficiente para que los gobernantes abrieran los ojos y abandonaran la ceguera de su soberbia.

La misión legislativa del General Crowder marcó más tarde de modo bien expresivo, a pesar de los eufemismos diplomáticos con que decorosamente fué revestida, la nueva orientación americana, tendiente a cerrar el ciclo abierto con las rotundas notas de Mr. González contra las revoluciones o violencias populares, el cual fatalmente, por la férrea lógica de los principios que en América forman parte consubstancial de su espíritu político, había de ser cerrado, cuando los acontecimientos fijaran su momento, por una igualmente rotunda declaración contra las usurpaciones del poder o violencias gubernamentales.

El General Crowder se retiró de Cuba, su Código fué alterado, burlado escarnecido, y a poco el Partido Liberal se veía obligado a reiterar sus acuerdos en pro de una supervisión electoral preventiva, y a iniciar en Octubre de 1919 sus gestiones directas en Washington. El resultado de estas aun debe permanecer velado por la discreción; pero en Diciembre de 1919 la Cancillería Americana lanzaba al pueblo cubano y al Gobierno otra nota, nuevo toque de alarma, fijando su actitud, bien significativa para todos de "solicita observación".

Los usurpadores del poder cubano, aun sabiéndose "solicitamente observados", no cubrieron sus impudores electorales, como tampoco cubrían ya los administrativos.

A partir del primero de Noviembre de 1919, en que el Código Electoral

comenzaba prácticamente a funcionar, cada partido político tomó su rumbo propio: uno, con el pueblo hacia el imperio de la mayoría, por el imperio de la ley; otro, con los Gobernantes hacia la usurpación del Poder, por la usurpación del sufragio. Las coacciones, desde la amenaza al asesinato, y las falsedades, desde el perjurio hasta la suplantación de firmas y documentos, fueron sucediéndose como las cuentas de un rosario diabólico, ensartadas unas tras otras en la cadena de una sola maldad.

El Partido Liberal veía confirmadas día tras día sus previsiones dolorosas. La delicada actitud americana, aunque elocuentísima para Gobernantes civilizados, era ineficaz para los usurpadores impenitentes. El redoble salvaje de los "timbales" no dejaba oír los gritos de la razón. Las impulsividades primitivas de una política visceralmente estomacal y... "timbalera", no respetaban las admoniciones políticas del cerebro y del corazón.

La Cancillería Americana se sintió obligada a lanzar su nota pública del 30 de Agosto de 1920, documento trascendentalísimo de nuestra historia cubana, junto con el Manifiesto de Montechristi, la "Joint Resolution" del Congreso Americano de 1898, y la Constitución Cubana. Con este documento, de gran elevación doctrinal, el Gobierno Americano cerraba el ciclo lógico de su actitud en Cuba: "ni revoluciones de usurpaciones; no toleraba la causa ni toleraba el efecto".

Nuestros Gobernantes no supieron leer; quisieron apagar la nota de Agosto, aguda como de clarín, con hipócritas promesas de altisonante retórica, hueca como són de timbales congos.

Sobrevinieron, sin sorprender a nadie, los sucesos del primero de Noviembre. El Código de Crowder fué roto en pedazos, salpicado de sangre por el matonismo, emborronado de tinta por la leguleyería envilecida.

El partido liberal, el pueblo todo, ahogó sus estremecimientos de santa indignación ante la inminente muerte de la República, que desde 1916 venía desfalleciendo; y como único y supremo recurso nacional, siendo imposible el revulsivo revolucionario para evitar que la República cayera en la muerte tras del deshonor, los liberales se vieron obligados a llamar de nuevo en auxilio de la joven democracia cubana, que no lograba verse libre del espíritu colonial, al pueblo americano, siempre unido a nuestra historia en los momentos decisivos por la libertad.

Los órganos supremos del partido liberal confiaron en el General Gómez para el cumplimiento de su acuerdo, que evitaba junto con las posibilidades de una nueva revuelta popular, el indubitado peligro de una nueva usurpación. Este presidente cubano y el Ldo. Miguel Arango, que hoy representan la voluntad nacional por el sufragio, formularon la demanda del partido, y confiaron después a otros correligionarios la delicada misión de gestionar su efectividad. Y estos han seguido los acuerdos del partido y las instrucciones del General Gómez, impulsando una actuación americana que asegure el ejercicio del sufragio electoral y la legítima determinación de los altos cargos públicos, mediante el restablecimiento en todo su vigor de la Constitución y de las leyes. Y nada más. Ello es más que suficiente para

haber cumplido con nuestro deber, contribuyendo modestamente a alejar de nuestra patria, creemos que para siempre, el opróbio de la barbarie política, que acarrearía fatalmente, como estigma de incapacidad para vivir la vida pública que la cultura contemporánea exige, la pérdida de nuestra soberanía; y ayudando a la obra colectiva de afirmar su perdurable independencia, que no puede ser otra base, aunque la maldad, la incoherencia o la pasajera exaltación de ciertos dolores así lo aseguren, que el derecho y la libertad. Una Patria sin derecho no es una Patria; por eso decíamos los Cubanos bajo la dominación colonial que no teníamos Patria, porque aun teniendo una cuna y una tierra, aquella no era medida por la justicia, ni a ésta la iluminaba la libertad.

Los liberales nos hablan con vivacidad, con exaltación de creyentes.

—¿Saben ustedes que el supervisionismo de los liberales es violentamente atacado por los elementos Gubernativos y continuistas?

—Era de esperar, me contestan a una Ortiz y Latorre. Hasta aquí no llega ese ruido. Son las botellas que se rompen al caer. Claro está, por otra parte, que algunos dignos compatriotas nos crearán equívocos. La actitud del partido liberal ha tenido contradictores de buena fé, aun en su propio seno. Pero nadie ha podido obtener de ellos una fórmula práctica, real y viva, que evitara oportunamente esta triste solución supervisionista, históricamente necesaria. Unos aludían a la revolución, que significaba la muerte inevitable de la República por el suicidio; otros se conformaban con la resignación bajo la tiranía, que significa la muerte, igualmente inevitable, de la República, agravada por la previa prostitución cívica del pueblo. De una y de otra manera, por geográficas y sociales razones, íbamos a retrogradar a una nueva era colonial. El "miedo al americano" era precisamente lo que nos precipitaba al abismo de una dominación americana, después de nuestras culpas propias, que por lo graves nadie puede negar, ni por lo hondas se pueden en poco tiempo corregir, ni por la necesidad de enmendarias se puede tratar de esconder. Nos sucedía como aquellos seres alocados que por miedo a una muerte probable se suicidan.

El Partido Liberal y sus directores después de una insistente experiencia y consideración, adoptaron con serena sinceridad, sin nervosismos peligrosos ni abdicaciones del decoro nacional, la única conducta que puede reafirmar nuestra independencia y revivir nuestras instituciones, nuestras libertades, nuestra patria, hoy exangües y agonizantes. Y antes de poco, la realidad nos dará la razón; después, la Historia.

Únicamente una suprema insensatez de nuestros gobernantes, podría ya hacernos perder nuestra soberanía nacional.

—¿Están satisfechos de la eficacia de sus gestiones en los Estados Unidos?

—Estamos satisfechos de la actuación liberal, no solamente porque los puntos de vista del partido liberal, reiteradamente expuestos en relación con la crisis nacional cubana y con los

medios de combatirla, han coincidido substancialmente con los adoptados por la Casa Blanca con gran elevación de miras y noble espíritu, después de un profundo estudio del problema cubano; sino por que el peligro real de una intervención americana, provocada por las inconsciencias antirepublicanas de nuestro Gobierno, contra el pueblo y su civilización, aparece alejado de nuestro horizonte nacional, por la resolución del Presidente Wilson ordenado el viaje a Cuba del Mayor General Crowder en misión consultiva y tutelar. Cuba conserva aun para su dignidad y decoro, la responsabilidad de su propio e inmediato porvenir. En estos críticos días que corren, los elementos gubernamentales de Cuba, o estrellarán la nave patria en los escollos de la maldad, o virarán en redondo huyendo de las turbulentas aguas de estos años últimos. Solo un guiño del timón basta hoy para cambiar por siempre el rumbo de Cuba. Y el timón lo siguen empujando manos cubanas, para nuestro decoro, pero también para nuestra responsabilidad.

—¿Han tratado ustedes aquí el problema económico?

—No. Pero no hemos podido librarnos de ser reiteradamente preguntados, como es natural dada la trascendencia del mismo y sus inevitables conexiones con el político. Hasta algunos americanos han venido a solicitar datos y opiniones y los hemos dirigido a la legación.

La inextricable compenetración de todos los problemas hacendísticos con los políticos ha agravado la crisis cubana, haciendo cristalizar la opinión de que era ya inexcusable e inaplazable una acción enérgica y rápida para restaurar a Cuba. El peligro de que

fuese Ley el Proyecto Dolz, la insinceridad con Rathbone y la confesada situación de la Hacienda pública, han agigantado la visión del desastre y justificado ante este pueblo la actuación protectora americana. Afortunadamente la actitud liberal ante los Estados Unidos y las atinadas declaraciones del General Gómez en la Habana, impiden que caigan históricamente sobre todo un pueblo las responsabilidades exclusivas de un Gobierno impuesto por la fuerza contra la voluntad nacional.

—¿Son ustedes optimistas?

—Sí. No creemos que se desmorone nuestro Supremo Tribunal, último baluarte que le queda a la República, pues como le dijo el General Crowder al Presidente Menocal en su Informe de 1919: "la fortaleza de sus tribunales será la fortaleza de la República". Aunque sobre Cuba se ciernan ahora los nubarrones de la tormenta y de las tinieblas, creemos que entre las tristes negruras de la situación presente ya lucen los albores de un próximo sol de libertad y justicia. La llegada a Cuba de su mejor amigo, reafirma la fe cubana en el porvenir y la creencia de que han de salvarse su



Heraldo de Cuba  
Año 31/921

comenzaba prácticamente a funcionar, cada partido político tomó su rumbo propio: uno, con el pueblo hacia el imperio de la mayoría, por el imperio de la ley; otro, con los Gobernantes hacia la usurpación del Poder, por la usurpación del sufragio. Las coacciones, desde la amenaza al asesinato, y las falsedades, desde el perjurio hasta la suplantación de firmas y documentos, fueron sucediéndose como las cuentas de un rosario diabólico, ensartadas unas tras otras en la cadena de una sola maldad.

El Partido Liberal veía confirmadas día tras día sus previsiones dolorosas. La delicada actitud americana, aunque elocuentísima para Gobernantes civilizados, era ineficaz para los usurpadores impetentes. El redoble salvaje de los "timbales" no dejaba oír los gritos de la razón. Las impulsividades primitivas de una política visceralmente estomacal y... "timbalera", no respetaban las admoniciones políticas del cerebro y del corazón.

La Cancillería Americana se sintió obligada a lanzar su nota pública del 30 de Agosto de 1920, documento trascendentalísimo de nuestra historia cubana, junto con el Manifiesto de Montechristi, la "Joint Resolution" del Congreso Americano de 1898, y la Constitución Cubana. Con este documento, de gran elevación doctrinal, el Gobierno Americano cerraba el ciclo lógico de su actitud en Cuba: "ni revoluciones de usurpaciones; no toleraba la causa ni toleraba el efecto".

Nuestros Gobernantes no supieron leer; quisieron apagar la nota de Agosto, aguda como de clarín, con hipócritas promesas de altisonante retórica, hueca como són de timbales congos.

Sobrevinieron, sin sorprender a nadie, los sucesos del primero de Noviembre. El Código de Crowder fué roto en pedruzcos, salpicado de sangre por el matonismo, emborronado de tinta por la leguleyería envilecida.

El partido liberal, el pueblo todo, ahogó sus estremecimientos de santa indignación ante la inminente muerte de la República, que desde 1916 venía desfalleciendo; y como único y supremo recurso nacional, siendo imposible el revulsivo revolucionario para evitar que la República cayera en la muerte tras del deshonor, los liberales se vieron obligados a llamar de nuevo en auxilio de la joven democracia cubana, que no lograba verse libre del espíritu colonial, al pueblo americano, siempre unido a nuestra historia en los momentos decisivos por la libertad.

Los órganos supremos del partido liberal confiaron en el General Gómez para el cumplimiento de su acuerdo, que evitaba junto con las posibilidades de una nueva revuelta popular, el indubitado peligro de una nueva usurpación. Este presidente cubano y el Ido. Miguel Arango, que hoy representan la voluntad nacional por el sufragio, formularon la demanda del partido, y confiaron después a otros correligionarios la delicada misión de gestionar su efectividad. Y estos han seguido los acuerdos del partido y las instrucciones del General Gómez, impulsando una actuación americana que asegure el ejercicio del sufragio electoral y la legítima determinación de los altos cargos públicos; mediante el restablecimiento en todo su vigor de la Constitución y de las leyes. Y nada más. Ello es más que suficiente para

haber cumplido con nuestro deber, contribuyendo modestamente a alejar de nuestra patria, creemos que para siempre, el oprobio de la barbarie política, que acarrearía fatalmente, como estigma de incapacidad para vivir la vida pública que la cultura contemporánea exige, la pérdida de nuestra soberanía; y ayudando a la obra colectiva de afirmar su perdurable independencia, que no puede ser otra base, aunque la maldad, la incertidumbre o la pasajera exaltación de ciertos dolores así lo aseguren, que el derecho y la libertad. Una Patria sin derecho no es una Patria; por eso decíamos los Cubanos bajo la dominación colonial que no teníamos Patria, porque aun teniendo una cuna y una tierra, aquella no era mecida por la justicia, ni a ésta la iluminaba la libertad.

Los liberales nos hablan con vivacidad, con exaltación de creyentes.

—¿Saben ustedes que el supervisionismo de los liberales es violentamente atacado por los elementos Gubernativos y continuistas?

—Era de esperar, me contestan a una Ortiz y Latorre. Hasta aquí no llega ese ruido. Son las botellas que se rompen al caer. Claro está, por otra parte, que algunos dignos compatriotas nos creerán equivocados. La actitud del partido liberal ha tenido contradictores de buena fé, aun en su propio seno. Pero nadie ha podido obtener de ellos una fórmula práctica, real y viva, que evitara oportunamente esta triste solución supervisionista, históricamente necesaria. Unos aludían a la revolución, que significaba la muerte inevitable de la República por el suicidio; otros se conformaban con la resignación bajo la tiranía, que significa la muerte, igualmente inevitable, de la República, agravada por la previa prostitución cívica del pueblo. De una y de otra manera, por geográficas y sociales razones, íba-

mos a retrogradar a una nueva era colonial. El "miedo al americano" era precisamente lo que nos precipitaba al abismo de una dominación americana, después de nuestras culpas propias, que por lo graves nadie puede negar, ni por lo hondas se pueden en poco tiempo corregir, ni por la necesidad de enmendarlas se puede tratar de esconder. Nos sucedía como aquellos seres alocados que por miedo a una muerte probable se suicidan.

El Partido Liberal y sus directores después de una insistente experiencia y consideración, adoptaron con serena sinceridad, sin nervosismos peligrosos ni abdicaciones del decoro nacional, la única conducta que puede reafirmar nuestra independencia y revivir nuestras instituciones, nuestras libertades, nuestra patria, hoy exangües y agonizantes. Y antes de poco, la realidad nos dará la razón; después, la Historia.

Únicamente una suprema insensatez de nuestros gobernantes, podría ya hacernos perder nuestra soberanía nacional.

—¿Están satisfechos de la eficacia de sus gestiones en los Estados Unidos?

—Estamos satisfechos de la actuación liberal, no solamente porque los puntos de vista del partido liberal, reiteradamente expuestos en relación con la crisis nacional cubana y con los

medios de combatirla, —an coincidió substancialmente con los adoptados por la Casa Blanca con gran elevación de miras y noble espíritu, después de un profundo estudio del problema cubano; sino por que el peligro real de una intervención americana, provocada por las inconsciencias antirepublicanas de nuestro Gobierno, contra el pueblo y su civilización, aparece alejado de nuestro horizonte nacional, por la resolución del Presidente Wilson ordenado el viaje a Cuba del Mayor General Crowder en misión consultiva y tutelar. Cuba conserva aun para su dignidad y decoro, la responsabilidad de su propio e inmediato porvenir. En estos críticos días que corren, los elementos gubernamentales de Cuba, o estrellarán la nave patria en los escollos de la maldad, o virarán en redondo huyendo de las turbulentas aguas de estos años últimos. Solo un guiño del timón basta hoy para cambiar por siempre el rumbo de Cuba. Y el timón lo siguen empuñando manos cubanas, para nuestro decoro, pero también para nuestra responsabilidad.

—¿Han tratado ustedes aquí el problema económico?

—No. Pero no hemos podido librarlos de ser reiteradamente preguntados, como es natural dada la trascendencia del mismo y sus inevitables conexiones con el político. Hasta algunos americanos han venido a solicitar datos y opiniones y los hemos dirigido a la legación.

La inextricable compenetración de todos los problemas hacendísticos con los políticos ha agravado la crisis cubana, haciendo cristalizar la opinión de que era ya inexcusable e inaplazable una acción enérgica y rápida para restaurar a Cuba. El peligro de que

fuese Ley el Proyecto Dolz, la insinceridad con Bathbone y la confesada situación de la Hacienda pública, han agigantado la visión del desastre y justificado ante este pueblo la actuación protectora americana. Afortunadamente la actitud liberal ante los Estados Unidos y las atinadas declaraciones del General Gómez en la Habana, impiden que caigan históricamente sobre todo un pueblo las responsabilidades exclusivas de un Gobierno impuesto por la fuerza contra la voluntad nacional.

—¿Son ustedes optimistas?

—Sí. No creemos que se desmorone nuestro Supremo Tribunal, último baluarte que le queda a la República, pues como le dijo el General Crowder al Presidente Menocal en su Informe de 1919: "la fortaleza de sus tribunales será la fortaleza de la República". Aunque sobre Cuba se ciernan ahora los nubarrones de la tormenta y de las tinieblas, creemos que entre las tristes nebruras de la situación presente ya lucen los albores de un próximo sol de libertad y justicia. La llegada a Cuba de su mejor amigo, reafirma la fe cubana en el porvenir y la creencia de que han de salvarse su independencia, su democracia y su civilización. ¡Ojalá se pudiera tener igual confianza en todos los cubanos!

Todos callamos, como si quisiéramos percibir desde lejos los latidos del corazón de Cuba, acelerados e inseguros por la fiebre de la pasión política que la devora, por la pútrida infección que corroe sus entrañas democráticas, y por la anemia cultural que ha quebrantado su constitución, antes robusta.

¿Se salvará la enferma? Depende de sus hijos.

Llaman a la puerta. Con el permiso de los cubanos ésta se abre y entra una mujer joven, rubia, hermosa, decorada por servicios de guerra y periodista. Conoce ya a los cubanos y comparte sus esperanzas. Sentimos un hábito de frescor en las mejillas, la banderita cubana del reloj ondula con estremecimientos de vida, y aquellos labios, que parecen hablar por el pensamiento del pueblo americano, nos saludan diciendo en cariñoso castellano: ¡Viva Cuba Libre! Y la joven americana sonríe bellamente. Nosotros también sonreímos, y nuestra fé en el porvenir patrio fué más que nunca inquebrantable.